

ARIEL SCHILLER

*El hombre que
no tuvo tiempo:
Jaim Guri (1923-2018)*

Así comienza uno de sus poemas (para mí de los más memorables), mi amigo, maestro y sobre todo poeta Jaim Guri. Tan memorable me resulta que lo estoy citando de memoria.

CONOCERÉIS a este escribiente por sus digresiones, vivencias, anécdotas reales y algunos conocimientos históricos sobre lo que es mi historia y geografía personal: la Eretz Israel de antes de que yo naciera, el *Ishuv* hebreo que allí se formó desde fines del siglo XIX (y aún antes), sus gentes, sus fenómenos sociológicos y políticos y algunas cosas que se prolongaron en el actual Estado de Israel, que ya está en su 70 aniversario. Pues la profesora Encarnación Varela (Encarnita, mi esposa hoy prematuramente desaparecida) y yo decidimos allá por 1989 traducir la obra poética de Jaim Guri y cogimos lo único que había a mano en ese momento en la biblioteca del Departamento de Hebreo de la Facultad de Letras de Granada. Pero la antología era pequeña e insuficiente y estaba claro que de allí una obra poética no saldría; esto se remedió hacia el verano en mis viajes habituales a Jerusalén y un encuentro con el poeta.

Como aparte de poeta había sido mi maestro y manteníamos cierta amistad (que después se estrechó aún más), me cedió varias antologías más autorizadas que había por entonces, aunque ahora hay muchas más y mejores. Lo nuestro fue solo una aportación para llevar a Jaim Guri a la lengua española.

Aquella fue una pequeña obra nuestra (*Flores de fuego, años de fuego: la poesía de Jaim Guri*. Antología y Estudio Preliminar de María Encarnación Varela y Ariel Schiller. Ed. Universidad de Granada, 1990 Granada) y siempre se cree que lo que hace el empeñoso traductor, el crítico, estudioso o prologuista y por supuesto el editor va a dejar sellada la obra definitiva del autor o poeta en cuestión y que con esto Jaim Guri pasa a la historia de la literatura hebrea moderna en un sitio bastante honroso, por lo menos a ojos del lector hispanoha-

blante. Recuérdese el año: 1990, y Jaim Guri ya no era joven por entonces. Me reconoció apenas llegué y alentó mi trabajo, palmadas de oso en los hombros y bastante brandy (al estilo del Palmaj) y conoció a mi mujer Encarnita, responsable de la crítica literaria del libro (dada su formación académica en esa disciplina y por entonces directora de esa colección, la primera de poetas hebreos modernos en España).

Primera anécdota de mi amigo Guri: le encantó que Encarnita fuese española y de Granada y le cantó con su voz ronca de antiguas batallas y permanente abuso de su inseparable pipa, viejas canciones del bando republicano durante la Guerra Civil Española. Su castellano era mal chapurreado pero repetía la música a la perfección, su mujer Aliza acudió desde la cocina para ver si su marido se excedió con el brandy, y entonces él soltó la «anécdota española» que nunca había contado antes. Debo citar «la exclusiva».

Cuando era un niño, ya un adolescente, participaba con otros tantos muchachos y chicas en un Movimiento Juvenil Pionero (de izquierdas naturalmente, como casi todo el *Ishuv Meguyas*, *Ishuv Reclutado*), no sé si era Hashomer Ha-Tzair o Majanot Olim. Durante esos años trágicos 1936-1939, se luchaba no solo en España sino también en la Palestina Mandataria, Eretz Israel, pues había estallado la Gran Rebelión Árabe dirigida por el Mufti El-Husseini contra el *Ishuv* hebreo, contra el Mandato Británico y sobre todo entre ellos mismos para afianzar la hegemonía de una de las grandes familias (Husseini, contra Nashashibi) en la batalla final contra la «ocupación judía» de Palestina y por supuesto contra la ocupación inglesa. Ambos eran vistos como cruzados, el Mufti sería Saladino y había guiños hacia la Alemania nazi.

El *Ishuv* hebreo perdió mucha gen-

te (algo más de 200) más que nada por atentados, pogromos, asaltos a *kibutzim* (colonias agrarias colectivistas) y *moshavot* (colonias agrarias de propiedad privada), y se empezaron a construir asentamientos de «torre y empalizada» (*Jomá U-Migdal*) a veces en una sola noche (porque las leyes británicas no permitían construcciones judías permanentes, los judíos solo podían habitar en las grandes ciudades históricas pero no extenderse para no disgustar a los árabes). Iaffo, la antigua, «la de siempre», ubicada al sur de la joven Tel Aviv, que tenía poblaciones mezcladas (árabes y judíos) se volvió intransitable después del atardecer (y era el único puerto con que contaba Palestina), Hitler ya gobernaba Alemania y regían ya las leyes de Nüremberg.

Surgieron los primeros héroes o caudillos de la Autodefensa Judía, los que eran Haganá y los que no podían serlo porque actuaban por libre; me refiero a los hombres como Itsjac Sadé, que después sería el fundador del Palmaj, sus jóvenes y recién reclutados Ygal Alón y Moshé Dayan, y un extraño oficial inglés medio alucinado por la Biblia llamado Orde Wingate, una especie de Lawrence pero de Eretz Israel.

Esto duró hasta 1939: hubo ataques y hubo represalias por ambas partes y represión generalizada por parte del Mandato Británico.

Pero los niños de la edad del joven Jaim Guri, por entonces Jaim Gurfinkel, hijo de Israel y Guila Gurfinkel, venidos en la primera ola migratoria de la Tercera Aliá en el célebre barco *Ruslan* que trajo desde Ucrania y Rusia a los primeros pioneros «Poalei Zion» ya politizados e imbuidos en el *ethos* de la Revolución Rusa; esos niños decía, eran los primeros nativos del país (*Tzabarim*) y en cierto modo pasaban del conflicto con la población árabe-palestina.

Los mayores, pioneros y colonos

fuertemente politizados (siempre hacia la izquierda pero sin dejar de ser Sionistas-Constructivistas), aunque eran conscientes del peligro y contaban sus muertos por las noches, participaban de la Auto Defensa Judía pero no eran plenamente conscientes de que había un conflicto nacional con la población árabe-palestina. Para ellos los árabes de Palestina eran un problema secundario. Creían que eran ladrones de ganado y que solamente venían a saquear las ciudades y colonias del *yahud* (el judío).

Este fue un grave error de la primera colonización sionista-socialista del que no se harían conscientes hasta la Guerra de 1947-1949 (llamada Guerra de Liberación por ellos y Nakba por los palestinos) ¿En qué pensaban entonces tantos los padres de Jaim Gurfinkel y otros como ellos y en qué pensaban los jóvenes como Jaim Guri?

Los viejos colonos (no tan viejos por entonces) no habían roto por completo sus lazos con la vieja Madre Patria (Rusia y Ucrania) y mucho menos con la joven madre nacida en 1917: la Unión Soviética que era siempre una esperanza y una tentación o un ejemplo a seguir, se prometía como el «Mundo del mañana», «la Patria de los pueblos» y la «Patria Obrera de la Revolución».

En el puerto y en los pocos correos se esperaban ansiosamente los diarios en ruso con noticias de la Revolución en marcha, aunque tuvieran meses de retraso y fueran pura propaganda. Por tanto no influía el sangriento conflicto con los árabes del lugar que hasta hace poco eran vecinos, a veces jornaleros en las *moshavot* y otros, comerciantes y proveedores de mercancías «de lujo» que no existían en una Eretz Israel que quería ser autosuficiente y encima practicaba una severa modestia autoimpuesta. Asombrosamente lo que se llamaría «la aristocracia de los fundadores» debía lucir de pobre.

Un día estos vecinos de siempre, amables y regateadores comerciantes, empezaron a torcer el bigote y desenvainaron los *shabriot* (puñales). Cada vez se escuchaban más los términos Falastin, Al Yahud y Al-Sahayuni (los sionistas). Mientras tanto el Mufti de Jerusalén, causante de la revuelta, fue expulsado del país por los ingleses por sus abiertas simpatías hacia los nazis. ¿Y dónde encontraría refugio? Lo habéis adivinado: en la Alemania de Hitler.

Pero estos eran problemas secundarios para estos colonos y pioneros con aspiraciones revolucionarias (quizá ya lo eran). Primer gran error del Sionismo Socialista y Constructor: los árabes eran una especie de problema ecológico, climático, algo así como los mosquitos, la langosta, la malaria o el inevitable *jamsin* (siroco). Cuando por fin se construyera la sociedad obrera y socialista todos volverían a ser tan amigos: Isaac e Ismael.

La derecha sionista argumentaba que los árabes actuaban azuzados por los ingleses para amedrentar a la potencial inmigración judía que todos imaginaban masiva, y por supuesto a la minoritaria población hebrea.

La ultra-derecha sionista, más allá del Revisionismo de Jabotinsky (me refiero a grupos como Brit Habirionim de Aba Ajimeir y el mesiánico y excelente poeta Uri Zwi Grinberg quien tenía más poesía y visiones apocalípticas que *real-politik*) creían que el alma del árabe es irrecuperable, que tienen una especial tendencia a la violencia y que por tanto el Islam como el Cristianismo eran irreconciliables con el Judaísmo y que las matanzas de 1936 a 1939 no eran más que una continuación de las matanzas de judíos en Europa y un anticipo de lo que vendría después. Parece que este era el destino judío.

Tal era grosso modo el clima ideológico y las actitudes mentales que se perfilaban en el *Ishuv* pre-estatal de

Herencia

por Jaim Guri

El carnero llegó último
y no supo Abraham que éste
respondía la pregunta del niño,
su fuerza prístina ante su día menguante.

El viejo alzó la cabeza
Al ver que no era un sueño
y ante el ángel presente
dejó caer el cuchillo de su mano.

El niño, liberado de sus ligaduras
vio la espalda del padre.

Isaac, según el relato, no fue sacrificado
Conoció muchas venturas,
hasta que se opacó la luz de sus ojos.

Pero legó a sus vástagos aquel instante:
nacen con un cuchillo en el corazón.

Traducido del hebreo por Encarnación Varela y Ariel Schiller

Eretz Israel. Hubo honrosas excepciones de destacados intelectuales y profesores de la Universidad Hebrea de Jerusalén (casi todos de origen alemán), pero los jóvenes del *Ishuv* tenían claro que del Monte Scopus (sede de la Universidad) no vendría la redención ni la paz, sino desde el fusil, el arado y la casa construida. Estos jóvenes eran mayores que Jaim Guri en aquella época, quizá fueran sus maestros, sus monitores o sus oficiales. ¿Y entonces, en qué pensaban los adolescentes de la edad de Jaim Guri? ¡Oh asombro!: en la Guerra Civil española, recuérdense esos años: 1936-1939... Autodefensa Judía, «Santa Cruzada» en España, la República frente al fascismo. Y por supuesto se usaba todo esto para impresionar y li-

gar con las muchachas del Movimiento Juvenil.

Ocurrió que Jaim se ausentó casi dos meses de los semanales encuentros de su grupo de edad en el Movimiento Juvenil Pionero con sus habituales fogatas y canciones (casi todas rusas pero en hebreo) y un curioso deporte que se pretendía práctica para-militar pero que era en realidad una lucha a palos muy parecida a un torneo medieval con espadas llamada *Kapap*; en él participaban chicos y chicas para formar «futuros combatientes hebreos».

Jaim había contraído una grave enfermedad bronquial que lo mantuvo recluido en la cama y en su modesta casa de la costa del Tel Aviv y llenó su desesperación atiborrándose

de periódicos (generalmente *Davar* y *Ha-Aretz*) pero solo de sus páginas interiores donde se hablaba detalladamente de la Guerra Civil española que para la gente mayor que hablaba en voz baja con sus padres era una especie de guerra total y apocalíptica: se jugaba en ella el destino del mundo libre. Democracia-Socialismo o Fascismo.

Con ayuda de algunos atlas y diccionarios de escuela secundaria memorizó en su larga convalecencia todos los frentes de batalla en las distintas regiones por donde se desangraba España y con ayuda de algún amigo comunista (o que había sido un exbrigadista ya que de Israel salieron voluntarios a defender la República) aprendió briosamente algunas marchas y canciones republicanas con el poco español que aprendió de oídas de sus vecinos de Bulgaria y Salónica que habitaban los barrios portuarios de Yaffo y Tel Aviv (todos judíos y comunistas románticos).

Pasados los meses de enfermedad y convalecencia Jaim Gurfinkel ya era un aguerrido combatiente español y republicano y así se presentó ante su grupo en el Movimiento Juvenil.

Resulta que quería impresionar y conquistar a una chica con trenzas negras que era compañera de ese grupo y se mantenía irreductible a los halagos de los otros compañeros, cuando se sentaron alrededor de la fogata y el *madrij* (monitor o guía) lo interrogó sobre la causa de su larga ausencia, él miró a todos, miró a la muchacha, miró al fuego y contestó con imperturbable solemnidad: «Estuve en la guerra de España, vengo de allá».

Todo esto entre toses y carraspeos y aún afiebrado; se hizo un respetuoso silencio y Jaim comenzó a describir los diferentes frentes de combate en los que había participado con todo lujo de detalles. Llegó a decir que combatió bajo las órdenes del mítico

general Enrique Lister en la batalla del Ebro y hasta cantó el *¡Ay, Carmela!*, que llegó a ver del otro lado del río al propio Franco. Lister viéndolo demasiado joven lo destinó a la defensa de la Ciudad Universitaria en Madrid (aquí tarareó la marcha *Puente de los Franceses*) y por causa de esta enfermedad pulmonar que contrajo lo volvieron a remitir de manera clandestina a la Eretz Israel-Palestina. Se atribuyó orgulloso una tuberculosis de la cual sufrían muchos milicianos. «Y aquí estoy entre vosotros para contároslo».

La niña de las trenzas lo miró con admiración y algo de amor tal vez, los demás lo palmoteaban y aplaudían y cuando ya parecía que «El Alcázar sí se rinde», tuvo que intervenir el *madrij* que servía al principio de la realidad (siempre tamizada por ideología) y arruinarle a su héroe la «fiesta española» y toda la velada.

Lo interrogó sobre fechas y lugares, sobre cuándo nació, cómo justificaba su ausencia de dos meses sobre los tres años en los que duró la Guerra Civil Española y cómo pudo estar en tantos frentes a la vez.

Y sobre todo (y esto fue lo más severo que marcó su vocación como poeta y combatiente en casi todas las guerras de Israel y más que nada poeta de los combatientes): «...Queridos *javerim* (compañeros): ¿Sabéis que ya llevamos casi tres años de guerra continua con nuestros vecinos árabes y que ya van muchos muertos, de ellos y de nosotros... y que mientras nuestro amiguito Jaim deliraba de fiebre con España, están luchando en Galilea, en el valle de Yzreel y hasta en Yaffo algunos hombres como Isaac Sadé, Ygal Alón, Moshé Dayan y el inglés que todos conocemos pero no podemos mencionar, y salen en brigadas nocturnas a defender nuestro campos y nuestras casas?». «¡Así que dejaos de historias de España y de Revolución Rusa y haced algo útil que

tenéis edad para ello!». Y aquí el *madrij* carraspeó, golpeó sobre la mesa (o un tronco que hacía de mesa) imitando al líder Ben Gurión cuando estaba cabreado o iba a soltar una de sus verdades y soltó literalmente una frase de Ben Gurión cuando regañó a la izquierda del *Ishuv*: «Compañeros, *javerim*: el frente de Janita o Tel Amal importan más que el frente de Teruel». (Es que había habido una seria deserción de elementos combativos y trabajadores hacia la guerra de España, creyendo que cumplirían así con el Internacionalismo Proletario, y dejaban que el trabajo sucio en la Palestina en lucha permanente lo hiciera el inglés que no se podía mencionar su nombre —no era otro que Orde Wingate— y sus jóvenes reclutas: Dayan, Alón y el «viejo» Isaac Sadé).

El grupo agachó la cabeza, masculló esas verdades y al joven Jaim Guri se le amargó la fiesta y no llegó a saber ni le quise preguntar si finalmente ligó con aquella muchacha de las trenzas; se dirimían cosas mucho más graves incluso para un adolescente soñador con hormonas desatadas. Con el tiempo e investigando y traduciendo parte de la obra de Guri descubrí quién podía ser la muchacha de las trenzas: la «Reina Berenice» que aparece en su extraño libro semi-autobiográfico: *Ha-Sefer Ha-Meshuga* (El libro loco, Tel Aviv 1973) y es realmente un libro loco porque mezcla prosa autobiográfica con poesía épica, elegíaca o simplemente nostálgica. Este libro lamentablemente no lo pude traducir por su extensión y su carácter a veces hermético para el lector español; es la biografía un poco del propio autor y del otro héroe romántico que parece que sí gozó de los favores amorosos de «Reina Berenice» y es el primer amigo de aquella juventud lejana de Guri: era «Jama-dor el Héroe» (Jaim Ben Dor, caído en una de las batallas del Palmaj en 1948, en plena Guerra de Liberación).

Aunque a Jaim, que tendría por entonces 16 años, se le estropeó la participación en la Guerra de España y la «solidaridad internacional con la clase trabajadora» encontró después de ese fiasco su verdadera vocación: la de ser el poeta de aquella generación que no había nacido para la guerra pero no tuvo más remedio que participar de todas ellas mientras su edad se lo permitiera.

¿Qué fue de aquel entusiasta grupo de jóvenes y de otros Movimientos Juveniles Pioneros que formaban el arco político-educativo que tenía la Eretz Israel Obrera en todas sus variantes para formar a una juventud dispuesta para la construcción y la guerra?

No habían pasado dos o tres años desde aquel encuentro y ya se vieron embarcados en una guerra de verdad, que los involucraba directamente a ellos, a sus tierras más próximas, a sus casas y a sus familias: jóvenes combatientes debían defender a los viejos pioneros. En 1941 el «viejo» Isaac Sadé crea el Palmaj como milicia juvenil, la lucha se suponía larga pues no era solo contra árabes a quienes aún se veía como vecinos sino también y fundamentalmente contra el Imperio Británico que prohibía la emigración de judíos de Europa a Eretz Israel-Palestina (éste era el nombre legal bajo el Mandato).

En la Europa bajo conquista nazi se desataba con toda crueldad lo que se conoció después como Holocausto. En 1941 se desarrollaba la «solución final» que era el exterminio masivo, planificado e «industrial» de judíos en campos de exterminio que ya no eran campos de trabajo, pero de esto en el Ishuv hebreo se sabía muy poco y los que sabían callaban. Me atrevo a decir que hasta el juicio Eichman en 1961, en Israel no se sabían las dimensiones de la tragedia, fue cuando los testigos empezaron a contar.

Otro frente abierto y casi en las puertas de casa fue el avance nazi del «Afrika Corps» de Rommel que se querían hacer con el norte de África y el Medio Oriente contando con algunos gobiernos árabes abiertamente pro-nazis (Irak con la revuelta de Rashid Ali Al-Kilyani). Los países árabes bajo hegemonía francesa no contaban porque la propia Francia ya estaba en el bolsillo de Adolfo Hitler; luego los tanques de Rommel a las puertas de Alejandría y El Cairo no constituían una amenaza lejana de «cosas que pasan en el mundo».

El Ishuv hebreo de Israel tenía el borrador de un plan secreto bastante tétrico: de esto se sabía muy poco porque era una solución a la desesperada y podía generar un pánico colectivo. Se llamaba Programa Masada y fue ideado por el profesor, arqueólogo y general Ygael Yadin, él mismo descubridor e investigador de las ruinas de Masada, y la conclusión era similar a la de los defensores de Masada en el siglo II d.C. Resistencia hasta el final y un suicidio colectivo de casi todo el Ishuv, desde el Monte Carmelo que está en Haifa. Todo antes de que un solo judío de Eretz Israel cayera en manos de los nazis (ya se rumoreaba sobre el destino de los judíos en Europa y nadie quería correr esa suerte).

Esta era la situación de Eretz Israel-Palestina y de toda la región hacia el final de los años 30 y 40 del pasado siglo y vemos que no dejaba mucho sitio para ensoñaciones románticas ni internacionalismo proletario. Los que seguían irreductibles en sus ideologías eran gente de la extrema derecha y militantes del P.K.P (Comunistas Israelíes y Palestinos), pero eran una minoría. La gran mayoría en esas horas en que aún existía algo así como consenso colectivo o por lo menos consenso operativo era el Ishuv Ha-Meguyás (población reclutada) aunque con grandes diferencias

ideológicas. Y esta era la situación del joven Jaim Guri (Gurfinkel por entonces) y de tantos jóvenes tan ilusionados como él, también de la chica de las trenzas (Reina Berenice), también de Jamador el Héroe (Jaim Ben Dor).

Terminó para ellos abruptamente esa primera juventud y se dieron de cara frente a la guerra real y frente a un enemigo a quien por ideología socialista no podían ver como enemigo.

Fueron dispersados por diferentes frentes de batalla; instrucción rápida que pretendía ser militar y defensiva, todo a cargo del «viejo» Isaac Sadé quien derrochó su carisma y su especial sentido del humor sobre aquellos muchachos (muchos no terminaron la educación secundaria obligatoria que culminaron después en escuelas agrarias: trabajo, agricultura y defensa), gozaron de buena compañía de hombres que después fueron héroes pero por entonces les bastaba con no ser mártires: Ygal Alón, Isaac Rabin, Moshé Dayan, Uri Brenner, etc.

Pero una gran mayoría no volvió, la Guerra de Liberación que duró de noviembre de 1947 a abril de 1949 (Armisticio de Rodas) se llevó a un 1% de la población hebrea del Ishuv. De 600.000 pobladores judíos con que contaba Israel cayeron 6.000. Los más jóvenes, los más combativos.

Allí encontró Jaim Guri su vocación y su destino: la de poeta combatiente y poeta de los que combaten y caen.

Pero esto ya entra en la biografía real del poeta y en su peculiar estilo literario, lo cual yo me atrevo a llamar sin la autorización de ningún académico de la Lengua o crítico literario como *biopoética*, es la primera generación de tzabarim (nativos de Israel), hijos de pioneros y colonos que se autoimpusieron una ruptura con la Diáspora Judía, con la tradición religiosa, con la familia que dejaron atrás, con el idioma ídich y con todo lo que supiera a mundo viejo; se hablaba

hebreo aunque lo hablaran mal, todo esto en un intento de formar un hombre nuevo del que Jaim sería una parte importante, uno de ellos.

Era un experimento tan cruel como arriesgado, muchas veces incitado por los propios padres y por el propio ethos nacional en que se educaba desde el mismo régimen laborista o socialista.

Sus consecuencias se vieron después de la Guerra de Liberación y años después, en los años grises, burocráticos y hasta de hambre y cartillas de racionamiento que vinieron con la creación del Estado de Israel.

Murieron los más jóvenes, los que pretendían ser los mejores (receta infalible para morir en una guerra), los demás llevaron existencias grises, llenas de contradicciones, amargas y meditadas desilusiones, muchos se volvieron cínicos y algunos abandonaron el país. Algunos, los menos, trataron de reencontrar al «judío viejo, al de antes» pero descubrieron que el «judío viejo» ya no estaba.

Guri sabía todo esto, pero transformó sus meditaciones, desilusiones y nostalgias en poesía. Aunque no debemos ver en él ni al «poeta de la nostalgia», ni el creador del folclore de combate y heroísmo de su generación a pesar de que sus baladas son cantadas en todos los fastos nacionales y lo recitan para la ocasión hasta los niños de escuelas primarias.

También con motivo de su muerte leí algún artículo crítico en revistas literarias hebreas diciendo que es el creador del duelo nacional arropado siempre por algún establishment. Israel es experta en duelos nacionales dada su larga trayectoria bélica. Alguien más ampuloso y lisonjero lo llamó Poeta Nacional.

Probablemente a Guri estos pretendidos halagos y en cierto modo encasillamientos le ofenderían o le causarían tristeza. Lo que más ofendía y entristecía a Jaim Guri era que a él se lo incluyera en esto que se llama

hoy día las élites, por obra interesada de gobiernos de derechas desde hace unos 40 años y por la llama que cada tanto se enciende en Israel y que reaviva siempre rencores intercomunitarios y agravios comparativos. ¿Por qué será que la derecha se acuerda siempre de los pobres?

Explicamos al principio de este trabajo que lo que en Israel se llama la Aristocracia Fundacional no pretendía serlo, solo querían ser pioneros de una vida nueva y a ser posible de un mundo mejor: habrían mirado con asombro y descreimiento a algún sociólogo o periodista entusiasta que osara llamarlos aristócratas. Imagino al padre de Jaim, el compañero Israel Gurfinkel ante una pregunta así a las puertas de su cuasi cabaña frente al mar de Tel Aviv. «¿¡Cómo!? ¿Yo un aristócrata? ¿Cómo el zar de todas las Rusias?»

Les gustaba lucir de pobres y austeros, no eran tacaños, simplemente eran pobres y la pobreza era un ejemplo a seguir. Lo de aristocracia fundacional es un concepto norteamericano que importó el periodista y escritor Amos Elón en un libro delicioso que gozó de mucho éxito en los años 70: *The Israelis, Founders and Sons* (Schocken, Tel Aviv 1970). Lectura recomendada.

Aquí dejamos lo que fue para nosotros la «anécdota española» pero que no tiene nada que ver con España, tan solo motivada en nuestro viejo poeta y amigo porque mi mujer Encarnita era española y que su libro antológico de poemas iba a salir por primera vez en español. Eso gracias a antologías más completas y autorizadas que Guri nos dio aquel año (1989) y que sirvieron para nuestro trabajo.

Decía que a pesar de todo esto el libro que hicimos con toda dedicación ya no está actualizado dada la alta e incesante productividad literaria del autor. Entre sus 80 y los casi 95 años

que tenía cuando murió siguió escribiendo poesía, prosa que ya no eran relatos ni novelas, sino una asertiva y necesaria literatura publicística y periodística. Cualquier editor tanto en Israel como en España podría quedar desbordado o abrumado por ese torrente en verso y en prosa que no lo abandonó hasta el último día de su vida.

Pero la sociedad de Israel lo necesitaba (aquellos que aún leen poesía), la actualidad de Israel y de Oriente Medio le dolía más que todas las guerras que había pasado y que tan bien supo describir, pero esa sociedad ya no lo conocía, lo dijo él en un poema muy anterior (cito de memoria): «...A veces me parece / que guardo las murallas, de una ciudad / que ya no existe...»

Me mandaba a mi casa de Granada cada libro nuevo que salía con una dedicatoria que aún guardo y últimamente estoy leyendo de nuevo (que es una manera de homenajearlo y recordarlo). Su palabra en estos tiempos es más necesaria que nunca.

Breve reseña biográfica de Jaim Guri

En esta primera parte introductoria que denominé la «anécdota española» por la parte que nos tocaba a los dos (a mi mujer y a mí), creo que adelantamos gran parte de su vida, su pensamiento y su escritura. Pero se trata de una *biopoética*.

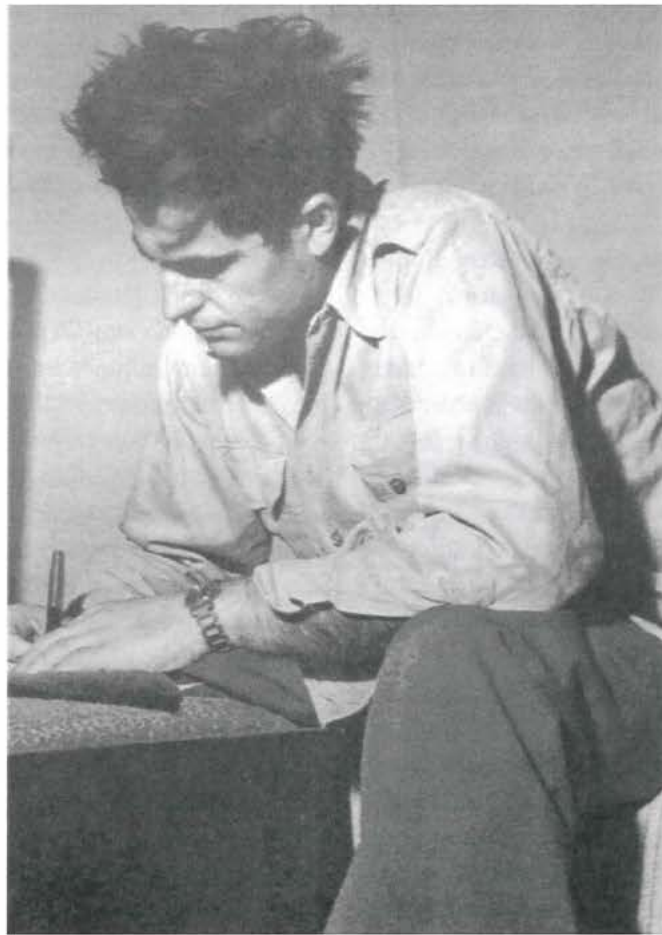
Señalaremos pues, imponiéndome la mayor brevedad ya que de un artículo de revista se trata, su azarosa biografía que marcó también su estilo y la evolución de la sociedad en la que vivió y escribió y en cierto modo predicó. Todo lo demás (estilo, lenguaje, lírica, denuncia, reflexión, etc...) está reflejado en nuestro libro.

Nació en 1923 en lo que era la nueva parte de Tel Aviv que mira al

Mediterráneo, se llamaba el barrio de Nordya y lo que hoy es zona de grandes hoteles (Sheraton, Hilton, Dan), en aquel tiempo era zona para pioneros y gente con vocación de colonos pues eran arenas con pocas calles asfaltadas, algunas farolas y bastantes eucaliptos y palmeras en las calles «principales» (hoy lo son).

Sus padres, que someramente mencionamos, eran Israel y Guila Gurfinkel llegados en la Tercera Aliá, la ola migratoria de los pioneros ya politizados e influidos por la Revolución de Octubre que fue un hito histórico para toda Europa y más para los judíos. Su infancia en una severa austeridad tanto real como autoimpuesta no fue infeliz (los *jaltzim*, pioneros, aunque fueran urbanos como los padres de Guri) justificaban la pobreza diciendo que esto es estar en la vanguardia, sin embargo *marginales* no eran, pero tampoco eran una *élite*; subrayo estos términos porque hoy se vuelve mucho a ellos por obra de diferentes demagogias de gobiernos de turno y factores comunitarios interesados. Esa infancia fue como la de tantos niños del *Ishuv* que se autoproclamaba *Ishuv Obrero y Constructor* y un líder como Ben Katzenelson llamaba «*Inteligentzia Obrera*», una gran filosofía y una manera de endulzar la situación.

Sus amigos eran como los demás niños del *Ishuv* y de Tel Aviv de aquellos años: laicos, también austeros por lo que ya explicamos o porque no tenían más remedio, hijos de padres socialistas y con más contactos con comerciantes árabes de Iaffo que con niños religiosos judíos que constituían un mundo aparte. Estos amigos y algunos pequeños amoríos aparecen fielmente reflejados en las páginas de su primera novela *Hasefer Ha-Meshuga!* (El libro loco) (Tel Aviv 1970). La pluma de Guri los salvó de incluirse en el montón de lo que era la niñez de la Eretz Israel Trabajadora de los



años 30 en Tel Aviv (muy distinta a Jerusalén); la historia posterior los hizo singulares y muy a su pesar héroes de guerra sin proponérselo, luego en su gran mayoría caídos. Guri también los inmortaliza en poesías y canciones de culto obligado pero sin decir sus nombres, en cambio aquellos que podrían ser como todos los niños de su época y su estrato social en la Tel Aviv pobre y arenosa de los años 30 toman singularidad y se vuelven únicos gracias a la obra de Jaim Guri, cada uno tiene su vida, sus aspiraciones, sus sueños y su carácter. Sueños que se verán truncados en plena juventud por la cruenta guerra del 47 al 49, Guri los llora y sus canciones y baladas (con música de Sacha Argov) se vuelven con el tiempo y por políti-

cas orientadas a ello un «folclore nacional» y una «liturgia del duelo estatal y laico». Un *kadish* de jóvenes socialistas que aún se lamían las heridas de la guerra.

Esto último que acabo de escribir por mi deformación sociológica e historiadora enojaría a la modestia del poeta que nunca quiso ser encasillado en ninguna política partidaria y estatalista y tal vez nos contestaría: «Yo solo quise llorar a un grupo de amigos, toda una fracción de edad, una generación que es la mía y que ya no volverá».

Y allí quedan para la canción, la poesía necesaria y el recuerdo poemas como «Ha-Reút» (canción de la amistad), «Bab el Wad» (la famosa batalla del corredor de entrada a la

Jerusalén sitiada), «Hiné Mutalot Gufoteinu» (aquí yacen nuestros cuerpos), sobre los 35 jóvenes voluntarios del Palmaj caídos en el rescate de Gush Etzi'ón camino del Hebrón. Y no podemos olvidar el poema que sella su extraño y adorable libro en prosa y verso *Ha-Sefeer Ha-Meshugá* que ya mencionamos: «Yo tuve amigos» (Hayú Li Javerim).

El epos colectivo se individualiza solo para volver a ser colectivo.

Esto explica la nostalgia y la profunda tristeza, a pesar de su jovialidad, que acompañaron a Guri hasta su final. De alguna manera y sin culpa a nadie él fue el precursor del «Mito del Filicidio» en la literatura hebrea (los padres que sacrifican a sus hijos sobre un pretendido altar de la patria) y está reflejado en el último verso de su poema «Herencia» donde el pretexto es el relato bíblico de Abraham que debe sacrificar a su hijo Isaac (Génesis 22) pero llega a la conclusión actual para su generación: «Nosotros ya nacimos / con un puñal clavado en el corazón...».

Ese puñal casi genético que llevan clavados en el corazón los jóvenes del llamado Dor Ha-Palmaj (generación del Palmaj, previa a la creación del Estado de Israel) se expresa en sus dos primeros libros de poemas: *Pirjei Esh* (Flores de Fuego) y poco después *Shoshanat Ha-Rujot* (La Rosa de los Vientos), en los que su poesía se vuelve menos heroica y más reflexiva e intimista. Los guerreros por necesidad también descansan y reflexionan.

Sus reflexiones sobre la guerra vivida (y las que aún vendrían), los paisajes del Néguev donde él luchó y sobre todo la contradicción y la enorme tristeza que le causaba a él y a todos sus compañeros de lucha e ideología la expulsión de los pobladores árabes de sus aldeas, se traducen en un conmovedor libro ya en prosa: *Ad Alot Ha-Shajar* («Hasta que llega el

alba»). Son reflexiones de una guerra real y una guerra de contradicciones en el alma de aquellos jóvenes destinados a ser sacrificados y a sacrificar porque no había más remedio, no olvidemos que por lo menos los que eran del Palmaj se educaron sobre el socialismo y la fraternidad de los pueblos.

Pero lo que acompañó durante largos años a toda aquella generación de combatientes y fundadores del Estado de Israel fue un sentimiento básico de consenso operativo por encima de las diferencias: *Tjushat Ha-Kóraj Ve-Tzidkat Ha-Dérej*: Sentimiento de la necesidad y la justicia básica del camino emprendido.

Este consenso y este sentimiento acompañaron de alguna manera a lo que después fue la dirigencia del joven Estado y del Ejército de Israel, hablo de gente como Igal Alón, Isaac Rabin, Moshé Dayan y otros. (Y no eran élites ni «los ricos del norte de Tel Aviv» o «los asquenazim que se acomodaron» que se dice ahora. La gran mayoría provenían de kibutzim y de Movimientos Juveniles vanguardistas).

La sociedad en mayor o menor medida compartía ese consenso y esa necesidad permanente de la defensa. Según mi juicio este sentir general tuvo su punto de ruptura en las elecciones de 1977 (el «cambio» o el «vuelco»), la Guerra del Líbano (1982) y el asesinato de Rabin (1994). El camino ya no era justo.

Las contradicciones de Guri no eran culpa ni autoflagelación, ahora tan de moda en cierta izquierda israelí que nada tiene que ver con el socialismo constructor de los primeros años (generacionalmente imposible), sino que pertenece a la evanescente internacional de la paz y las buenas intenciones; sus contradicciones eran personales y nacionales. Algo así lo padecieron cada cual por su lado y con su interpretación biográfica y políticas

propias de escritores del llamado «Dor Ha-Palmaj»: S. Yzhar, Ioram Keniuk, Moshé Shamir o Igal Mossinsohn. No permitían simplemente que la herida del puñal del viejo Patriarca Abraham cicatrizara; mientras Isaac crecía fuerte y vigoroso, Ismael estaba siempre presente, a un lado de la frontera o al otro (que también sentían como suyo pero siempre vedado). El mismo Guri lo expresa en un revelador poema en sus primeros libros: «Yo soy una Guerra Civil». (Citaré unos versos de memoria):

Yo soy una guerra civil / una parte de mí / fusila a la otra parte / sobre el paredón de los vencidos...[...] / Hay un tribunal de guerra / que trabaja en varios turnos / y allí las luces nunca se apagan... / Allí los justos fusilan al resto de los justos. /...Después viene el silencio, / junto al cansancio, la oscuridad y los cartuchos vacíos. / Yo soy la noche de la ciudad abierta / para todo aquel que lo desee... / [Rosa de los Vientos. T.A. 1960]. (En nuestra antología en español, pág. 127).

Luego Guri tuvo un encuentro casi revelador que cambiaría su vida y su visión de las cosas que compartía con otros jóvenes tsabras de aquella generación que tan bien aparece descrita en *Ha-Sefer Ha-Meshugá* (El libro loco).

Como vimos, estos muchachos pertenecían en cuerpo y alma a sus paisajes naturales o adoptados, eran patriotas de lo poco suyo porque no tenían otra cosa, un poco provincianos diría un visitante del «gran mundo» y solo sabían que sus fronteras naturales eran la línea del Mar Mediterráneo, los minaretes de las mezquitas de Yaffó (aunque no sus tiendas de dulces árabes o pinchos asados de cordero o el falafel), también las aldeas árabes que a veces eran hostiles o las oscuras carpas de los beduinos; cuando no estallaban conflictos

violentos se sentían casi hermanados incluso con las caravanas de camellos o los rebaños de cabras que transitaban por las calles costeras de Tel Aviv-Yaffo.

Todo menos una relación vital, de pertenencia y compromiso histórico con el pueblo judío en toda su dispersión. Esto era algo metafísico que se estudiaba en los colegios con las poesías casi canónicas de Bialik, Tchernikovsky o Zalman Shneur.

Todo eso les sonaba a religioso, arcaico, poco sano porque se le atribuía palidez y debilidad física. Sus padres no hablaban de ese pasado y era algo que quedó muy lejano y atrás en el tiempo. Estos jóvenes querían ser parte del experimento programado del nuevo hombre de la Nación Hebrea, que era otra entelequia metafísica.

No es de extrañar que muchos se adhirieron consciente o inconscientemente a lo que se dio en llamar el Movimiento Cananeo que preconizaba Yonathan Ratosh desde los cafetines de Tel Aviv y que tuvo más influencia literaria que políticamente real. Pero ese era el estado mental de toda una generación por entonces.

En eso estaba Guri como tantos otros de su generación mientras en toda Europa se desarrolla el mayor exterminio de judíos (y de otras minorías pero fundamentalmente de judíos) que alguna vez pudo imaginar la mente humana, un exterminio programado, tecnológicamente avanzado.

A Palestina-Eretz Israel solo llegaban rumores y después masas de supervivientes desharrapados que guardaban silencio, bien porque no sabían el idioma o bien porque el clima social, cultural y político no estimulaba ese tipo de confesiones y recuerdos en parte para evitar el pánico en la población o sentimientos de venganza que distraerían de la cuestión esencial del *Ishuv*: defensa, construcción y absorción de inmigrantes.

Esto último no era nada fácil porque los ingleses no querían que los judíos supervivientes de Europa llegaran a pisar las costas de Palestina y los árabes-palestinos temían que el país se llenara de judíos.

Terminada la sangrienta y prolongada Guerra Mundial con la mayoría de países de Centro Europa devastados y ya derrotado el III Reich, quedaban judíos supervivientes en campos de refugiados que construyeron los Aliados y a veces los propios estados recién liberados del yugo nazi.

También en los países del llamado después Telón de Acero y que pasarían a la órbita soviética quedaban miles de judíos en esas condiciones pero la U.R.S.S los absorbió hacia adentro y oficialmente no aceptaba utopías sionistas. Todo esto tras el tratado de Yalta.

Fue entonces cuando Jaim Guri aún veinteañero y hombre del Palmaj y de su tierra, paisaje y sus camaradas que se preparaban para otras luchas más decisivas es enviado en 1946 a Hungría, Checoslovaquia (aún lo era) y Austria a rescatar judíos, concentrarlos en campamentos que construía la Haganá, reeducarlos, escuchar sus historias y prepararlos para una inmigración organizada a Eretz Israel. Ni él mismo, ni esos pobres refugiados y supervivientes ni las propias autoridades del *Ishuv* en Tel Aviv tenían claro ni cuándo existiría un Estado de Israel ni cuántas trabas e impedimentos pondría el Mandato Británico a la entrada de esta ola migratoria ni cuándo estallaría la impostergable guerra con los árabes palestinos y con los Estados árabes vecinos.

De modo que todo este plan de salvataje y preparación era un poco caminar sobre el aire de la utopía o sobre notas musicales (generalmente del *Ha-Tikva*, o las marchas de la Haganá y del Palmaj).

Entonces en el alma de Guri y de muchos otros sucedió lo que debía

sucedir pero fue tantas veces postergado y reprimido: descubrió al pueblo judío real de Europa y la magnitud de la catástrofe que había eliminado a dos tercios de los que teóricamente debían ser sus hermanos, y que él y su círculo de amigos no eran más que una pequeña vanguardia en un país lejano, arenoso y conflictivo y que su sentir, pensar y hacer no eran más que un producto del experimento sionista. Había que reunir a estos miles dispersos, escondidos o hacinados en campos, instruirlos, enseñar rudimentos del hebreo y tácticas de defensa y hacerlos llegar de alguna manera a las costas de Eretz Israel.

El vuelco de conciencia fue también un cambio en su estilo poético y narrativo: menos heroísmo colectivo, menos paisajes de Canaán y una contemplación más triste o más madura de la Condición Humana y la Condición Judía. Ganó una observación nostálgica por una historia que no era la suya porque la había enterrado en su subconsciente. Pero cuando ya volvió a las tierras de Palestina, justo para participar en la Guerra de Independencia o Nakba (según como se mire) ya no tuvo tiempo de meditar y digerir la historia grande y tuvo que ponerse a luchar por la geografía chica, irrisoria para cualquier país de Europa pero donde cada kilómetro era vital para la supervivencia.

DEBEMOS IR acortando los detalles biográficos de quien vivió hasta hace poco meses en una vejez totalmente lúcida y crítica, casi de profeta laico; y por supuesto y por motivos de espacio no podemos relatar lo de los muchachos y chicas en la flor de la vida que cayeron en aquellos combates.

Pero Guri hacia su segundo y tercer libro no quiere ser el «endechador nacional» ni el creador de ningún folclore necrológico. Es un conspicuo periodista del diario *Davar* del guber-

nante partido Mapai con un Ben Gurión oscilando siempre entre la Socialdemocracia y su simpatía por las grandes potencias de Occidente en plena Guerra Fría.

El viejo líder miraba con un temor casi paranoico tanto hacia su izquierda como hacia su derecha, mucho más hacia su izquierda porque los distintos partidos de la línea obrera tenían opciones reales de poder más el aparato de los kibutzim y las organizaciones juveniles.

De modo que ser periodista de un diario obrero oficialista como *Davar* era un camino lleno de contradicciones, por lo que Jaim Guri abandonó definitivamente la crónica política y se entregó de lleno a la literatura en unas inolvidables notas literarias y críticas que se publicaban semanalmente en el suplemento «Masá» del diario *Davar* del shabat, un suplemento que merecería guardarse en antologías pues lo dirigía el mismo Aharon Megued y contaba con firmas de gran prestigio.

Vienen los años grises de la existencia estatal caracterizados por la escasez de alimentos y servicios básicos, porque había que repartirlos entre muchos más pobladores: la absorción de la inmigración masiva de judíos de Europa supervivientes de la Shoá, unos años más tarde la evacuación, absorción y reubicación y empleo de los judíos de comunidades orientales (que vivieron en países árabes o musulmanes en general, pero que es un error llamarlos sefardíes porque sefardíes vivían desde mucho antes en Eretz Israel y eran una especie de aristocracia de población muy anterior al proyecto sionista).

Son años en que Guri, hombre cansado de tantas guerras, se toma un «descanso» y comienza estudios universitarios, en Jerusalén: Literatura Hebrea, y luego en la Sorbona de París, Lengua y Cultura Francesas. Fue su salida al gran mundo y el abandono del provincialismo *tsabar* auto-

suficiente. No va como guerrero, solo como un guerrero cansado.

También se casa con Aliza (Alika la llamaba), que fue su antigua novia de los días del Palmaj y hoy su reciente viuda, con ella tiene tres hijas que yo conocí y construye algo así como un hogar.

Ya padre de familia y con formación académica vuelve al diario *Davar* y tiene otro encuentro trascendente y directo con el Holocausto en Europa, víctimas y victimario, testigos y verdugos de aquel genocidio. Debe cubrir el juicio a Adolf Eichman (1961) y estar día tras día en aquel modesto tribunal de Jerusalén y escuchar y documentar el horror vivido pocos años antes. Esto le genera un libro no de poesías, sino de crónicas y reflexiones) pero que cambiará a toda una generación ya más joven que la suya y que pretendía pasar página o guardar silencio: *Un hombre frente a la cabina de cristal*.

A partir de ese libro de lectura casi obligada y necesaria ya nadie podía decir en Israel «no lo sabíamos», «son los de allá» o «con nosotros no va esto». Es constitutivo de la conciencia de todo un país.

GURI SE DESEMPEÑA también en la docencia (allí tuve la oportunidad de conocerle y admirarle por su trayectoria vital. Yo era un joven alumno de Argentina y las vivencias de su generación me eran bastante desconocidas, sabía por entonces más sobre Martín Fierro que sobre el Palmaj).

De mi maestro y amigo Jaim Guri heredé dos vicios: mi amor por los estudios de Historia del Ishuv y por la sociología que conformó el tejido cultural y político de la sociedad hebrea que habita el Israel contemporáneo. Allí tal vez os beneficiáis vosotros, los pacientes lectores, pero yo termino dolido por todo lo que no puedo desarrollar a fondo y me tengo que dejar

en el tintero; de todas maneras los paradigmas de la sociedad Israelí son tan cambiantes –por décadas– que a ambos lados del papel impreso podremos superar el trauma.

El otro vicio que quizá no debiera agradecerle es el hábito de fumar eternamente una pipa; lo hacía él de manera compulsiva mientras hablaba, recitaba o escribía y lo hago yo, ya más esclavizado por la corrección política de estos tiempos. Quizá mis escritos lo agradecen o salen más inspirados pero mis bronquios no.

Como siempre y por razones de espacio (ya oigo las protestas de nuestro querido Redactor Jefe por la extensión de mis trabajos) no abundaremos sobre estilo literario, cambios de estilo, libros publicados pues considero que a «grosso modo» este tema lo tocamos mi mujer y yo y puede consultarse y leerse. Aparte que es imposible reseñar su obra y darla por definitiva: frustración de cualquier antologista, biógrafo o crítico literario que cree tener resumido «al hombre, biografía y obra completa».

Su producción posterior a 1990 – fecha del libro que hicimos con Encarnita– era casi torrencial. Y cada vez más depurada, más lúcida, más crítica. Bástenos con señalar y solo para remarcar su profusión creativa que su último libro de poemas un poco antes de su muerte (el libro salió a la luz en 2017 y él murió en enero del 2018) llevaba por título: *Ve-Od Rotzé Od* (Y aún quiere más); ¡y claro que quería y podía, ya a los 95 años! Siempre con un estilo más depurado, más clarividente, más lúcido.

Es de los casos envidiables (solo reseñados en la Biblia, concretamente en el Eclesiastés pero sin pruebas médicas que lo avalen) donde la vejez añade sabiduría, y así era Guri cuando tuvimos nuestros últimos encuentros ya de tipo literario (autor- traductor, prologuista, biógrafo y personaje-persona). Destilaba sabiduría,

experiencia, una mezcla de socarrería con una infinita tristeza, una especie de comprensible nostalgia –por los tiempos idos, los camaradas caídos (Rabin entre ellos)– pero a él la nostalgia no lo ofuscaba ni le brindaba escapismo fácil frente a la realidad de Israel. Arengaba al pueblo y a la sociedad actual frente a cualquier micrófono o cámara que le pusieran delante.

Comparaba, exhortaba, fustigaba y consolaba. Es el papel de los profetas, pero un profeta laico.

Después de cada encuentro, Alike, su eterna compañera, controlaba disimuladamente cuánto brandy quedaba en la botella. El brandy o el arak hacían las veces de Espíritu Santo. Pero él no necesitaba espíritu, solo espirituosas para romper a hablar, relatar y prevenir. Lo dicho: un profeta laico.

Hay más cosas aún sobre las que no me quiero extender por imperio del espacio concedido del que siempre abuso: vino la Guerra de los Seis Días (junio de 1967), yo estaba aún en una demorada adolescencia y él, entonces mi maestro, que era un oficial del Ejército de Israel aún movilizado en la famosa Brigada de Jerusalén (Jativat Yerushalaim) de paracaidistas que peleaban de a pie, vino a despedirse de nosotros que estábamos a pocos kilómetros del frente. A mí me abrazó largamente según su estilo de oso o de «palmajnik» y con su eterno olor a pipa me dijo algo que luego medité y apliqué en artículos políticos: «No es otra guerra, amigo mío, no es más que la continuación de la del 48. Es como la batalla del Castel, Harel o el camino de Bab El Wad, solo que con más enemigos y con mejores medios por nuestra parte».

Vino la reconquista o conquista de la Ciudad Vieja de Jerusalén, el casco histórico entre murallas que estaba en manos del Reino de Jordania desde 1948. El encuentro con la po-

blación árabe-palestina que desde aquí doy testimonio directo y presencial que se consideraban a sí mismos árabes, jordanos y vecinos de Jerusalén-Al Kuds; casi nadie hablaba de una identidad palestina. De eso solo se hablaba en Ramallah, Nablus y en la franja de Gaza. Ellos se consideraban vecinos nuestros del lado oriental de la ciudad y creo que hasta nos recibieron con regocijo por la esperanza de ampliar los negocios con los viejos nuevos vecinos y por los peregrinos que vendrían a visitar los Santos Lugares de las tres grandes religiones gracias a la política de fronteras abiertas de Moshé Dayan.

Mis primeras visitas a la otra Jerusalén las hice guiado por Jaim Guri aún con uniforme y luego por el fa-

moso geógrafo e historiador Zeev Vlnay. Para mí fue mi primer encuentro con árabes. Para ellos un reencuentro.

Por un momento y por bastante tiempo hubo un brillo de esperanza en los ojos de Jaim Guri, de casi toda la población del país y en los míos propios (jóvenes y quizá más mesiánicos, yo nunca fui laico), porque la magnitud de los eventos superaban cualquier análisis político. Para los más veteranos fue el reencuentro con una parte de la tierra hasta entonces vedada, y también con antiguos vecinos.

Pero la Guerra de los Seis Días no duró seis días (duró de 1967 a 1970 con la propuesta de paz americana al gobierno de Golda Meir) y se cobró un alto coste de vidas a ambos lados

LITERATURA HEBREA CONTEMPORÁNEA

M^{te} Encarnación Varela
Aniel SchillerFLORES DE FUEGO. AÑOS DE FUEGO.
LA POESÍA DE JAÍM GURI

UNIVERSIDAD DE GRANADA

del Canal de Suez (la conocida como Guerra de Desgaste) y muchos jóvenes soldados de las nuevas promociones que no tenían edad para participar en «los seis días de la gloria» de 1967, vieron su «gloria» y sus vidas truncadas y sus nombres escritos sobre placas de mármol (en sus colegios o instituciones).

Había llegado el momento de reflexionar, meditar, analizar en voz alta, publicar y disentir muchas veces de historiografías oficiales.

Muchos veían en la nueva situación creada —Israel histórica reunificada, palestinos, territorios, asentamientos a veces legales y otras anticipados a la legalidad— una especie de era mesiánica y los sufrimientos de ambas poblaciones, árabe y judía, no eran más que los sufrimientos necesarios para el advenimiento definitivo del Mesías. Otros veían en esta situación una especie de trampa o jargarreta del destino de la que sería muy difícil salir.

Se creó por entonces el profundo abismo que separaba a izquierda y derechas en una sociedad acostumbrada a un consenso de mínimos, al reclutamiento necesario y a sacrificios por causas mayores que sus propios intereses o el enriquecimiento fácil.

A diferencia de otros países del «mundo desarrollado normal» donde los conceptos de izquierda o derecha pasan por una concepción económica, o de lucha de clases, o redistribución de la riqueza o concepto de Estado; en Israel el arco político se dividió por el asunto territorios, conquista o conversaciones de paz. Los palestinos: ¿deben ser ciudadanos o población conquistada o moneda de intercambio? ¿Y los habitantes de Israel? ¿Pertenece al Pueblo Judío allí donde se encuentre —que esto es un concepto metafísico— o son parte de un Oriente Medio en transformación que tal vez nunca los acepte?

Así se creó una anomalía de aná-

lisis de auto concepción de tiempo, espacio e identidad pero que no es la primera anomalía de los judíos ni del Estado de Israel que tuvo que redefinirse. Muchos ideólogos, analistas, publicistas, escritores y gente pensante de ambos bandos buscaron soluciones o dudaban en voz alta.

El arco de opciones va desde el profesor Yshayahu Leibovitch hasta el doctor Israel Eldad, desde Amos Oz hasta periodistas y políticos aguzados y certeros como Uri Avneri o Boaz Evrón.

Entre otros estaba Jaim Guri, poeta, luchador de todas las guerras de Israel pero no un ideólogo, solo un hombre comprometido. Ya sus años, sus guerras vividas, sus libros publicados le daban derecho a hablar pero cuando hablaba transmitía sus dudas y oscilaciones políticas con lo cual no se diferenciaba demasiado de la mayor parte de la población de Israel. Tuvo que aprender a renunciar, a transigir con la realidad y a sublimar los mejores sueños (que tuvimos todos) en hermosas poesías de profunda meditación que van de lo social, lo político, hasta lo más existencial.

Así ganó esa voz profunda y ronca (la pipa también tiene su parte de culpa) pero ya era la voz que alertaba a su pueblo, enemiga de toda soberbia; su melena fue encaneciendo a tiempo que dejaba de ser el poeta del «folclore oficialista que se estudia en los colegios» para pasar a ser una especie de tribuno de la moral pública de su sociedad, de su pueblo, sus dirigentes y de las oportunidades perdidas. A tiempo que fustigaba también prevenía, analizaba y consolaba. Como ya dijimos en repetidas ocasiones: un profeta laico.

En 1973 estalló la Guerra de Iom Kipur donde él ya era oficial de reserva (dada su edad). Esa guerra fue casi inevitable pero sorpresiva y fue como un terremoto para toda la sociedad de Israel y aunque no puede

ser considerada una derrota (en Egipto se celebra como una victoria), a Israel le sirvió como una lección de humildad, una caída de los grandes sueños y un replanteo de muchas convicciones.

Aquí se hizo más necesaria que nunca la poesía y la palabra de Jaim Guri. Atrás quedaron el heroísmo y la nostalgia que ya se habían transformado en el fondo musical de los actos oficiales. y comenzó el trabajo de la prédica lúcida, esclarecedora, avallada por su experiencia vital.

Pero Guri ya se definía como un hombre cansado, el público hebreo entre guerra y guerra ya no leía tanta poesía, vino el «Vuelco» (Mahapaj) de 1977 y todos los paradigmas de conductas y creencias cambiaron.

Yo también me estoy extendiendo demasiado sobre el papel, lo hago por cariño y recuerdos de él y de tantas cosas compartidas y discutidas, pero me estoy empezando a cansar y temo cansar aún más a los lectores.

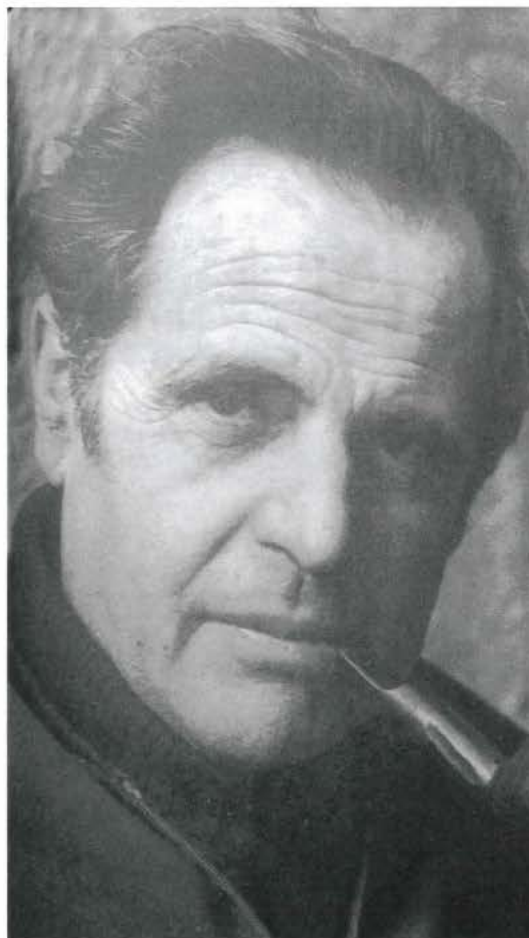
Solo quiero mencionar un libro aparecido dentro del siglo XXI, un poemario lúcido y corto como suelen ser los poemarios y que para mí es fundamental para entender «el último Guri» y «el qué nos pasa a nosotros y qué es lo que nos espera». El libro se llama *Eival* que como se sabe es una de las dos montañas «sagradas» que rodean la antigua ciudad de Shjem (Nablus), que fuera el centro y la capital de Samaria, y que está ligada a unas maldiciones bíblicas que cayeron sobre el Pueblo de Israel; pero así se abren los ojos, a Guri, a veces se le empañaba de lágrimas, pero también se pierden amigos y prebendas.

Lamentablemente este libro fue muy posterior a nuestra antología con estudio que publicamos en Granada y no pudimos incluirlo ni traducirlo ni estudiarlo. Es que aún no había nacido; pero si aún conservo capacidad, salud y editorial que lo acepte, espero

poder dedicarme con más profundidad a su obra posterior a 1990.

Su obra posterior e incesante, tanto poética como periodística como prosística (menos narrativa, más testimonial) y fundamentalmente innumerables reportajes para la radio y la televisión de Israel donde «no se callaba una» lo transformaba en la banda sonora del devenir de nuestro Estado y nuestra sociedad que cumple ahora 70 años de soberanía política, pero que eso no garantiza una paz ni una bonanza absoluta, a veces todo lo contrario (para los que piensen que la soberanía estatal es llegar al Parnaso). Implican mayor responsabilidad, disposición a la convivencia o supervivencia en una región siempre convulsa, arrastrar brechas sociales y comunitarias, étnicas y tratar de reducir las por una legislación medianamente justa y redistributiva, y como la soberanía no lo resuelve todo, también convivir con nuestras propias contradicciones. ¿Esto forma parte de la consabida neurosis judía o ya es una patología nueva, nacional, solo concerniente a la sociedad del Estado de Israel?

Para comprender un poco el «qué nos pasa» y «cómo somos» y «quiénes fuimos», para saber cómo llorar a nuestros muertos, los caídos en nuestras múltiples guerras (las defensivas y las alternativas que podrían ser evitables) y sobre todo cómo consolar y advertir a nuestros vivos, nuestros coetáneos, cómo empatizar y comprender tanto sus aciertos como sus errores; para esto está la palabra y la obra de Jaim Guri (tiene hasta obra fílmica que ya mencionamos en nuestra pequeña antología-estudio-biografía). Nos dejó hace muy poco pero nos es más necesario que nunca.



Pequeña despedida personal

Jaim: al fin y al cabo fuiste mi maestro, fuiste uno de mis poetas preferidos, fuiste mi primer trabajo en castellano publicado en España, en la causa tuya enrolé a mi mujer que colaboró conmigo hasta que nos dejó también, pero sobre todo fuiste un amigo, más viejo y más sabio que yo, pero supiste escucharme.

Decías en una de tus canciones más cantadas en los días de homenajes nacionales: *...Esa amistad que se dice sin palabras, / gris, callada y humilde... / ... Ese amor santificado con sangre / ...no dejará que nuestros corazones lo olviden...* («Canto a la camaradería»)

Estoy citando de memoria, en realidad tarareando porque hoy es Iom Atzmaut (Día de la Independencia), nuestro 70 cumpleaños como sociedad estatal y soberana, y espero que

ningún lagrimón se me escape sobre el papel.

Está amaneciendo en mi tierra actual de Granada y un poco antes ya amaneció en mi tierra de antes y de siempre: Jerusalén

Celebramos nuestro Iom Atzmaut y en los pueblos árabes circundantes recuerdan la Nakba (el desastre). Tu voz Jaim es más necesaria que nunca ya que conociste a ambos pueblos pero pertenecemos solo a uno. ¿Se podrá reencontrar algún día Isaac con Ismael?

Ya hablé y escribí demasiado y temo abusar de espacio editorial, te recuerdo y cito con unos pocos versos tuyos con los que abrí este estudio-biografía-homenaje:

Y no tuve tiempo / ahora está claro que no tuve tiempo... / ... No tuve tiempo / de crecer despacio como un árbol / de pensamiento lento... / ... Mi vida transcurrió entre periódicos, / mi respiración estaba entrecortada / por carreras de cortas distancias / ... No tuve tiempo / de recubrirme de óxido o verdín / y transmigrar: / nacimiento-sepultura-nacimiento, / de pertenecer a los recuerdos / y ponerme amarillento / hoja a hoja en un libro pesado... / ... El censo estaba completo. / La gente hablaba en primera persona del plural. / Días de estar juntos / al final de cada viaje... [de *La rosa de los vientos*, Jaim Guri. T.A. 1960]

Ya lo has dicho tú en este poema que te refleja y resume. Yo podría decir mucho más pero el tropel de recuerdos no me deja y ojalá estas páginas no abusen del espacio de la revista (¡siempre abuso!).

Solo quisiera decirte, Maestro Guri, que ahora tienes todo el tiempo que la eternidad confiere para seguir guiándonos con tu obra, tus palabras, tus versos y hasta con tus silencios.

Granada, marzo 2018